

DE LA CULTURA INTEGRAL A LA DIVERSIDAD CULTURAL: REFLEXIONES ACTUALES A PARTIR DE GRAMSCI

Andrés Martínez Lorca
Catedrático de Filosofía, UNED (Madrid)

(Resumen de la Comunicación presentada al Congreso Internacional “Gramsci y la sociedad intercultural” celebrado en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona del 3 al 5 de diciembre de 2009)

Gramsci se esforzó en sus primeros escritos por desprovincializar la cultura italiana en un intento sostenido por ponerla en contacto con la cultura europea. Al subrayar el elemento crítico y activo que corresponde al individuo en ese proceso, se opuso al mecanicismo marxista imperante en el reformismo socialista. Junto a la posterior maduración de su formación teórica, el período anterior a la cárcel culmina con su escrito *La Questione Meridionale* donde aparece un novedoso análisis de los intelectuales. En una línea antidemagógica y antipopulista, rechazó en las páginas de *L'Ordine Nuovo* la subalternidad de las clases populares: “no hay dos verdades, ni dos diversos modos de discutir”, escribe. Y en su ensayo de 1926 se atrevió a colocar la cuestión meridional como tarea central en el camino hacia el socialismo en Italia.

En los *Quaderni* propone Gramsci el concepto de «cultura integral» cuyo doble objetivo es formar una élite y al mismo tiempo elevar el nivel de las masas o, como él mismo afirma, “tener una Reforma y un Renacimiento simultáneamente”.

En la Europa actual se debate desde hace años qué modelo cultural seguir, si el de la segregación y exclusión de las culturas diferentes o, por el contrario, el de la apertura social dentro de un modelo multicultural. El avance político de los partidos de derecha (y en algunos casos de extrema derecha), el dominio ideológico de las corrientes conservadoras, la grave crisis económica que ha socavado el sistema financiero y arrojado al paro a millones de trabajadores, así como el apoyo europeo a las guerras contra Iraq y Afganistán, no han hecho sino fomentar el repliegue de Europa sobre sí misma y multiplicar el rechazo a lo diferente. Y el primer frente de rechazo lo ocupa el Islam, concebido como un magma siniestro del que sólo cabe esperar terrorismo y barbarie.

Ha sido una suerte del cielo académico — habitualmente poco propicio a la crítica cultural— que un intelectual árabe formado en centros occidentales, que desarrolló su enseñanza e investigación en los Estados Unidos y que tuvo entre sus fuentes doctrinales a Gramsci, haya puesto al descubierto la miseria real que ocultaba el Orientalismo en su edulcorada visión decimonónica y en su ideología belicista y de rapiña del siglo XX. Edward Said, a diferencia de tantos comunistas y socialistas de librillo que no habían tenido ni siquiera la curiosidad de leer al pensador sardo, aprovechó de él con inteligencia algunos conceptos centrales, ciertas sugerencias metodológicas y un estilo de fina crítica literaria del que hay tantos ejemplos en los *Quaderni*.

Centrándonos en España, ha sido la reciente emigración la que ha introducido nuevas formas de vida y de cultura hasta entonces desconocidas en nuestra sociedad o sólo entrevistas de modo superficial en los libros o en el cine. Las dos corrientes mayoritarias de emigrantes — magrebíes y latinoamericanos—, nos vuelven a traer en

su cultura algunos fantasmas del pasado: por una parte, la huella del Andalus y el problema morisco, y por otro, la herencia colonial hispana en América. En ambos casos la solución empleada por el poder estatal consistió en borrar su legado cultural y suprimir su identidad como pueblo.

Respecto de los moriscos, disponemos de un documento literario de primer orden, publicado hace unos años y silenciado hasta ahora por la mayoría de los historiadores. Me refiero a la *Tafsira* del Mancebo de Arévalo, escrita en aljamiado por un morisco castellano en la primera mitad del siglo XVI. Como ha escrito su editora, la profesora María Teresa Narváez Córdova, “la información que recopila es de una importancia estremecedora, pues nos permite acceder por primera vez al testimonio directo de las víctimas del 1492 y de las minorías clandestinas musulmanas y judías de la España del siglo XVI”. En cuanto a América, los estudios de los últimos decenios permiten reconstruir un cuadro general del «saqueo cultural de América Latina», para usar el título de Fernando Báez en su reciente y documentado libro sobre el tema. En paralelo al robo del oro y la plata, se procuró borrar su memoria colectiva. Unos, como Pizarro, con métodos expeditivos al hacer beber vino con arsénico a los guerreros e historiadores incas. Y otros, como el rey Carlos III, con métodos más suaves e hipócritas en la forma, pero idénticos en el fondo, al ordenar que había que “ir desterrando poco a poco todo lo que recuerde la antigüedad y gentilismo de los indios, pero con cuidadosa política y de forma que fácilmente no adviertan las intenciones y fines con que se ejecuta” (decreto del Consejo de Indias de 1783).

Aunque la concepción gramsciana de la cultura adolece de un latente etnocentrismo, como ocurre en general con el resto de los pensadores ilustrados y marxistas, creo que todavía se pueden extraer de los *Quaderni* algunas enseñanzas de interés para una sociedad intercultural. Así, por ejemplo, en sus agudas reflexiones sobre el folklore que aparecen en uno de los últimos cuadernos. También en sus fugaces referencias a la “contribución de los Árabes a la civilización europea”, a propósito de un libro del arabista español Ángel González Palencia (uno de los escasos nombres españoles que aparecen en el índice onomástico de los *Quaderni*). Y sobre todo en su genial intuición de que en América Latina la población indígena empezaba a ser protagonista y no sujeto pasivo de su propia historia con “el despertar a la vida política nacional de las masas aborígenes”.

Creo que la concepción gramsciana de la «cultura integral» encierra todavía su fecundidad política, al menos como horizonte futuro, en una sociedad clasista como la nuestra donde a los restos feudales y clericales todavía presentes se unen la disgregación social del capitalismo tardío y los efectos perversos de la globalización. Pero contra la tendencia siempre amenazante en España al uniformismo cultural y a la identidad nacional-católica, creo que es necesario subrayar como principio básico de una sociedad multicultural el respeto a la diversidad cultural, a la identidad de los otros. Hablar de cultura en un mundo globalizado como el actual sin partir de tal principio, sería, en mi opinión, perder el tiempo ocultando bajo una retórica hueca el latido multiforme de la sociedad.